



De noche, por la calle, ellas es hoy la única que camina

Ricardo Cabrera
Mayo 14, de 2020

Decidí cambiar el contenido del artículo programado para el día de hoy. Durante la madrugada del día de hoy se presentó un hecho que tal vez quedaría como curiosidad del encierro. Eran las 02:15 a.m., de un tiempo a la fecha, las noches en la Ciudad de México dejaron de ser los carnavales ciudadanos a los cuales estamos acostumbrados. La ciudad entra en un estado de catatonia inducida un poco después de las ocho de la noche, ocasionalmente se rompe el silencio por el ruido que provoca alguna ambulancia en situación de emergencia.



En el pasado reciente, solía confundirse con los cláxones y arrancones de vehículos y motocicletas, hoy, supongo que más de uno extrañamos la cacofonía que producían.

Retomando el hilo de la narración, los días en las unidades habitacionales no son muy divertidos que digamos, las variantes para romper la rutina son bastante escasas. Los patios interiores se ven desiertos después de las seis de la tarde. El gimnasio fue cerrado por acuerdo admirativo unipersonal. Nadie reclamó por el



hecho arbitrario. La mayor parte de los inquilinos pensábamos que las medidas no tendrían el grado de permanencia en el cual se han instalado hasta la fecha. Incluso los perros y sus ladridos y correrías se echan de menos.

Mirar por la ventana se ha convertido en el *New Black* para quienes vemos transcurrir las horas en un encierro con las personas más peligrosas del planeta: Nosotros mismos. Lidiar con el encierro resulta en ocasiones más difícil que una empresa dirigida por Indiana Jones para rescatar un tesoro oculto. Para quienes tienen hijos pequeños resulta una verdadera travesía por aguas desconocidas. Una buena parte de los padres están conociendo por primera vez a sus hijos.



Los adolescentes son un problema curiosamente menor, siempre y cuando tengan a su disposición un dispositivo electrónico: Videojuegos, Smartphones, Tabletas o laptops y por supuesto, un lugar confortable donde puedan descansar sus envejecidos y

cansados huesos. Estaremos en presencia de verdaderos maestros en el arte de no hacer nada.

La noche, transcurría igual de “divertida” que las noches precedentes. Dormir hasta tarde, pegado a la pantalla de la portátil se ha convertido en un hábito, a final de cuentas el trajín de las personas con las cuales cohabitamos nos



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

marca nuevas disciplinas a las cuales tenemos que adaptarnos o terminar reclusos en nuestra Castañeda privada.



Inicié el viaje intentando llegar al destino más elusivo al cual me he enfrentado desde hace mucho: el sueño, cada tanto, cuando ya estás a punto de caer en sus redes un sobresalto y la insomnia regresa. Por mi ventana la luz de las lámparas

exteriores entra difuminada por las persianas, confiriéndole a mi habitación un tono de irrealidad que se disfruta. Finalmente perdí el juego por la conquista del sueño, debo haber dejado mis pensamientos detenidos por su avance cerca de las dos de la mañana.

Solo un poco después, el silencio se vio roto por el prolongado lamento desconocido de alguien que supuso sería una buena idea. Me senté de golpe y atisé por la ventana. Todo en calma y en silencio como si aún continuara sumergido en un sueño. Un nuevo lamento, más largo, perfectamente claro y





definido, lleno de tristeza, de soledad de ayuno de felicidad. Fue un prodigio auditivo, la ejecución vocal, fue magnífica, sin estridencias, con un rango, ciertamente envidiable. Su interprete ejecutó la variación para una sola voz de la letra *A*, y la convirtió en una parte imprescindible del silencio de la noche. Tres veces, cada ejecución tan buena como la anterior, desesperado por capturarla en el móvil, no lo conseguí. Pero quien fuera el dueño del lamento, si consiguió estremecer hasta las más profundas fibras a quienes lo escuchamos. El sonido rebotó en las paredes monocromática y uniformes, se coló entre los pasillos, se mezcló en la nocturnidad. Y después, tan repentinamente como decidió ejecutar y deleitarnos con su *flashmob* nocturno, cesó.

Cuando por fin tenía yo listo el adminículo electrónico para grabarlo para la posteridad. Lo más curioso es que inmediatamente después y solo hasta estar convencido de que no habrá más interrupciones del sueño nocturno, el silencio



nuevamente se vio interrumpido, esta vez los perros hicieron el coro de acompañamiento para la terminación de ejecución de la improvisada vocalista.

Si, era una mujer. Nuestros amigos peludos, no demeritaron el sentido trágico y lúgubre de la reciente provocación a despertar



nuestros temores infantiles. Se dieron vuelo entre aullidos suaves y otros, como si ellos les fuera la vida.

Lastimeros a más no poder. A uno, siguió otro, y otro más y se fueron perdiendo en un eco que no fue acompañado de los ruidos habituales que se producen en una ciudad como la nuestra.



En un lugar como este, tan llenó de historias de leyendas urbanas ceñidas a eventos –La mayor parte de ellos trágicos- no es desdeñarse el curioso e improvisado concierto nocturno. Miedos primarios hicieron su aparición. Me movió la idea de que alguien sufría despidiéndose de alguien que había llegado al final del camino. Lo deseche por la falta de continuidad de muestras de dolor o de vehículos que atendieran una emergencia. La noche siguió igual de silenciosa y suspendida en un coagulo de virus como todas las anteriores.

El agudo y penetrante, lamento se desvaneció con teatralidad perdiéndose en la avenida; misma que se ha caracterizado por aumentar las estadísticas de mortalidad por el bichito punk (por las puntas). No sería extraordinario pensar, que nuestra madre primigenia, aquella con la cual comprometemos nuestra vida desde el momento de nacer, nos ha visitado y nos ha prodigado, muy a su pesar u momento de reflexión nocturna sobre nuestro destino. De ser así, el dramatismo,



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

que es lo suyo, fue desarrollado con la acrobacia suficiente para quedar suspendido en los largos segundos que terminaron impactándome.

Gracias a ello, me reencontré con los temores arcanos de nuestros pueblos originarios y aún más allá de la conciencia de los que nos rodea.

Aun se me eriza la piel, no ha habido una película hollywoodense que lo logre. no ha habido efectos especiales que lo logren como si lo ha hecho el silencio rompiéndose a lo largo de las calles vacías que resguardan las vidas de sus habitantes a cal y canto. Haciéndome imaginar en su interior, a los asustados conejillos que se han alimentado, como todos los días de las espeluznantes encuestas que gratuitamente nos hacen llegar. 2